

las Reglas y Constituciones. Quinto, estos mismos ejercicios ayudan á formar nuestros novicios en observancia y en virtud, y en el espíritu propio de nuestra Religión. Sexto, los mismos ayudan á nuestros estudiantes para aprovecharse en las letras. Séptimo, éstas son tambien las armas de nuestros operarios para ayudar á los prójimos. De todos estos puntos se irá tratando por su órden; y despues de ellos, de lo que el santo Padre sintió de este su libro y de las muchas persecuciones que tuvo en sus principios, y de las causas de ellas, y el cuidado con que la Compañía debe conservar este tesoro para enriquecerse con él, y ayudarse de él para la salvacion y perfeccion de sus propios hijos, y para la salvacion y perfeccion de sus prójimos.

CAPÍTULO PRIMERO.

QUE EL PRIMERO EN QUIEN SE EXPERIMENTÓ EL FRUTO DE ESTOS EJERCICIOS, FUÉ EN SU MISMO AUTOR.

EL primero que hizo estos ejercicios, fué su mismo autor, cumpliendo lo que nos dejó escrito que el que ha de darlos á otros, los ha de haber primero experimentado en sí mismo. Y el efecto que hicieron en él fué tanto mayor, quanto fué más excelente el maestro y padre espiritual que se los daba, que fué Dios nuestro Señor; el cual le descubrió este camino para que se ejercitase en él y ejercitase á los otros. Y por ventura fué esta una de las causas porque su divina Majestad permitió que en sus primeros años viviese el santo Padre tan olvidado de Dios, tan sujeto y cautivo de la vanidad y de las cosas de este siglo, y por ventura tan caido en otras culpas, que de ordinario se suelen seguir á esta vida libre y desbaratada, para que dejándole morder de estas víboras, se descubriese mejor la virtud de la triaca, y se animasen todos á usar de este remedio, que estaba ya aprobado con efecto tan maravilloso en su mismo autor. El bienaventurado apóstol san Pablo escribe á su discípulo Timoteo, que por eso le habia dejado Dios caer en tan grandes culpas, porque habiéndole escogido para llamar otros pecadores, cobrasen ánimo y confianza, viendo en su mismo maestro y predicador un ejemplo

tan ilustre de misericordia ¹: *Sed ideo misericordiam consequutus sum, ut in me primo ostenderet Christus Jesus omnem patientiam, ad informationem eorum, qui credituri sunt illi, in vitam æternam.* A este modo me parece á mí, que para descubrir Dios nuestro Señor la fuerza que estos ejercicios tienen mediante su divina gracia para arrancar á un hombre de la mala vida y del amor de este siglo, para purificarle de las malas costumbres y de las inclinaciones siniestras y pasiones desordenadas, para abrirle camino en el aprovechamiento de las virtudes, y para guiarle finalmente á lo más alto de la perfeccion, quiso que de todo esto se hiciese primero la prueba en su autor, para que con su ejemplo cobrasen todos ánimo para hacer estos ejercicios, y confianza de sanar de cualquier enfermedad, por grave que sea, por medio de ellos. Pues luego el primer fruto y más excelente, y en el cual como en su raíz están todos los demás, y que él solo basta por grande loa y recomendacion de estos ejercicios, es la excelente santidad de su autor; porque en ellos y por medio de ellos le comunicó Dios nuestro Señor un dolor tan intenso de sus culpas pasadas, un desprecio tan profundo de las vanidades de este siglo, un amor tan fervoroso de las deshonras, injurias y oprobios, y de todo lo demás que está incluido en la cruz de Cristo nuestro Señor, una intencion tan pura del divino servicio, una conformidad tan perfecta con la divina voluntad, un celo tan abrasado de las almas, un pecho tan ofrecido y sacrificado á la honra y gloria divina, compitiendo (cuanto sufría su pobreza) con la liberalidad de Dios en el retorno de sus beneficios, empleando fielmente en su servicio todo lo que de su mano habia recibido. De lo

¹ I Tim. I, 16.

cual se pudo bien decir ¹: *Et omnem, qui invocat nomen meum, in gloriam meam creavi eum, formavi eum, et feci eum.*

CAPÍTULO III.

QUE LA PRIMERA PLANTA Y MODELO DE LA RELIGION DE LA COMPAÑIA, SE HIZO Y FORJÓ EN ESTOS EJERCICIOS.

TODAS las familias que han alcanzado algun lustre y grandeza en la república, escudriñan con grande curiosidad, y procuran saber y averiguar con mucho cuidado y diligencia quiénes fueron sus progenitores, de los cuales heredaron la nobleza y riqueza de que gozan, y por los cuales son honrados y viven descansados en sus ciudades. No se puede negar, sino que por la misericordia de Dios la Religion de la Compañia de Jesus ha sido y es muy ilustre entre las demás religiones que resplandecen en la Iglesia de Dios. Porque en los pocos años que ha que se fundó, se ha extendido por todo el mundo, con grande número de colegios y de provincias, y dado á la Iglesia católica un número sin número de varones insignes en letras, en prudencia y en santidad, ilustrísimos mártires, excelentes predicadores, sapientísimos doctores y maestros, diligentísimos escritores, que desde el púlpito y desde la cátedra, y con la pluma han

¹ Isai. XLIII, 7.

ilustrado y enseñado todo género de ciencias, así divinas como humanas. Ha dado asimismo grande copia de operarios inconfusibles, que han convencido á los herejes, alumbrado los gentiles, enseñado los rudos, y criado y enderezado los niños desde su tierna edad en buenas letras y en el temor santo de Dios. Otros tambien de grande destreza y eficacia en sacar las almas de pecado, y de mucha luz y discrecion espiritual para guiarlas por el camino de la perfeccion, y juntamente con esto, varones verdaderamente humildes y espirituales, de un cuerpo muy mortificado y castigado, de un espíritu quieto y puro, para vacar por muchas horas del dia y de la noche á la oracion y contemplacion, como si vivieran en los desiertos y en las soledades. Todas estas cosas que los que viven fuera de nuestra Religion, las reconocen, experimentan y confiesan, nosotros las vemos y tocamos con las manos; y hemos conocido y tratado tanto número de semejantes varones en el siglo pasado y presente, cuantos se sirva el Señor por su misericordia de dar á la Compañía en el venidero.

Resta que, pues Dios ha hecho tan ilustre en la Iglesia esta familia y Compañía suya, averigüemos quiénes son nuestros primeros padres y progenitores. En la mano está la respuesta, porque si ponemos los ojos en los principios de nuestra Religion, hallaremos que se juntaron diez compañeros á fundarla, todos varones insignes y de aventajados talentos y conocida santidad; de los cuales los nueve fueron llamados y traídos á este intento por el bienaventurado padre san Ignacio, al cual reconoce toda la Compañía por su primer patriarca y fundador y del cual recibió las leyes con que se gobierna; y del mismo, como de su primer prepósito general, fué gobernada en sus primeros años y niñez, hasta que cobró

fuerza y quedó en su muerte extendida casi por todo el mundo.

Pero si preguntamos al santo Padre si es él el primer autor de esta Religion, nos responde en el proemio de las Constituciones: *Que la suma sapiencia y bondad de Dios nuestro criador y señor, es la que ha de conservar y regir y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesus, como se dignó comenzarla.* De lo cual se ve que los principios de la Compañía atribuye el santo Padre á la sabiduría y á la bondad de Dios nuestro Señor. Porque la sabiduría dió la traza, y la bondad la ejecutó. Y es cierto que la sabiduría de Dios nuestro Señor, siendo como es una y simplicísima, está como preñada de grande muchedumbre de trazas y de ideas de las cosas particulares, las cuales él descubre cuando es servido, y las ejecuta dándoles el ser y debida perfeccion. Y así como estuvieron secretas, y como encerradas en esta sabiduría, las trazas particulares é institutos de todas las religiones, las cuales en sus tiempos por la divina bondad salieron á la luz; así lo estuvo tambien el Instituto de la Compañía de Jesus, el cual á su tiempo la misma bondad divina imprimió en el ánimo de san Ignacio su fundador. Y ¿por qué otro medio se le imprimió y comunicó, sino por medio de los ejercicios espirituales? en los cuales le iba instruyendo y enseñando, como lo suele hacer un maestro á su discípulo. De manera, que aquello particular que tiene el Instituto de la Compañía, cuanto al fin que pretende, y cuanto á los medios de que usa, se lo descubrió Dios á su fundador por medio de estos ejercicios; y pudo bien decir de sí lo que está en el libro de la Sabiduría ¹: «Hame enseñado á mí la sabiduría,

¹ Sap. VII, 21, 22.

que es el artífice y arquitecto de todas las cosas; porque en ella está el espíritu de la inteligencia santo, que siendo uno, es muchos y de muchas maneras.»

Estos mismos ejercicios que enseñó Dios al bienaventurado san Ignacio, como á cabeza de su orden, los dió despues el mismo santo á sus primeros compañeros; y por ellos, y ejercitándose en ellos les comunicó el Señor el mismo espíritu y los mismos intentos. Aquí es donde el Espíritu santo escribió é imprimió en el corazón del fundador y de sus compañeros la interior ley de la caridad y amor, la cual dice el santo Padre, que ha de ayudar más que ninguna constitucion exterior para conservar y llevar adelante esta Compañía. Esta ley de la caridad es la que abraza lo que la sabiduría dispone; y así se corresponde maravillosamente con ella. Porque así como la sabiduría siendo una, es muchas y de muchas maneras, así lo es tambien la caridad; de la cual con mucha razon entendió el bienaventurado san Gregorio lo que está escrito en el libro de Job ¹: «Ojalá Dios hablase contigo, y abriese sus labios para tí, para que te descubriese los secretos de la sabiduría, y que su ley es mucha y de muchas maneras.» ¿Qué otra cosa, dice san Gregorio ², se puede entender mejor, ni más á propósito por la ley de Cristo, que la caridad? Pero esta misma ley se dice con razon que es muchas; porque la caridad siendo una se extiende y dilata á las obras de todas las virtudes. Digo pues que por medio de estos ejercicios habló Dios con san Ignacio, y abrió sus labios para con él, y le descubrió lo que tenia escondido en los secretos de su sabiduría (que fué la traza y modelo de esta Religion) y por medio de los mismos le imprimió la ley de la caridad

¹ Job XI, 5, 6. — ² Greg. lib. 10 Mor., c. 4.

con que la misma Religion habia de conservarse. Y ser esto así, lo sabemos por constante tradicion de nuestros primeros padres. Y el padre Gil Gonzalez lo afirma en un excelente directorio que escribió sobre los ejercicios. Y yo mismo le oí decir que nuestro padre Everardo, cuarto preposito general, estando él presente habia dicho en una plática, que habia él oido de boca del santo padre Ignacio, que en el ejercicio de las banderas, (que está en el cuarto dia de la segunda semana) le habia Dios descubierto este secreto, y puéstole delante de los ojos la forma y modelo de esta Compañía; la cual debajo de la bandera de Jesucristo, sumo capitan y rey nuestro, fundada en pobreza y humildad, y en el amor de las deshonras y oprobios y desprecio del mundo, habia de hacer guerra al mundo, y traer los hombres al desprecio de las riquezas y de las honras mundanas, por imitar á aquel Señor que en todas estas cosas fué delante, y de todas nos dejó tan ilustres ejemplos. Y juntamente con esta luz y conocimiento le imprimió Dios nuestro Señor aquel grado de la caridad que se corresponde con este secreto que le habia manifestado, conviene á saber, un celo ardiente de la mayor gloria divina en aquella obra en que Dios nuestro Señor es más glorificado, que es reducir las almas á su servicio y á la imitacion de la pobreza y humildad de Jesucristo nuestro Señor.

Este mismo celo y ardor, que el Señor habia impreso en el pecho de nuestro fundador, deseó él y procuró que se imprimiese en el de sus compañeros; y para esto les dió los mismos ejercicios que él habia hecho, juzgando (como ello era así) que queria Dios servirse de este instrumento para comunicar el espíritu propio de esta Religion, y llamar los soldados que le habian de

servir en esta Compañía. De este espíritu y ardor de la mayor gloria divina y de la salvacion y perfeccion de los prójimos, que bebieron todos de estos ejercicios, resultó, que de varones tan diferentes en naciones, en lenguas y costumbres, y que nunca antes se habian conocido ni visto, se formó un cuerpo con tan estrecha union que parece que todos tenian una alma y un corazon. De esta ley de la caridad y amor, que el Espíritu santo escribió é imprimió en sus corazones, se trasladaron despues por mano del santo padre Ignacio, las leyes y constituciones que se escribieron é imprimieron en los libros, para gobernar por ellas la Compañía, como diremos en el capítulo siguiente. De manera, que si bien lo miramos, el libro de las Constituciones es hijo legítimo de los ejercicios espirituales; y por el consiguiente, los mismos ejercicios son como los primeros progenitores de toda esta familia, por cuyo medio ella ha recibido de la mano de Dios la luz y la prudencia, las letras y el espíritu. Y si bien es verdad que toda la Compañía reconoce al santo Ignacio por su primer padre y fundador, pero él puede con verdad decir á sus hijos. *In Christo Jesu per exercitia ego vos genui*. Esto es: Yo os he engendrado en Jesucristo nuestro Señor por medio de los ejercicios.

Y porque este discurso no le parezca por ventura á alguno que es sentimiento mio en particular, no será fuera de propósito referir aquí lo que acerca de este punto se dice en los anales de nuestra Religion, que todo cede en grande alabanza de nuestros ejercicios. Tratando pues del tiempo en que el santo Padre escribió este libro, y se empezó á ejercitar por él, dice así ¹: Por este tiempo entrando á lo más íntimo de la filosofía ce-

¹ Hist. Societ., lib. I, n. 23.

lestial, y pasando de la oracion vocal á la mental, empezó á ejercitarse en aquellas meditaciones que despues puso en orden en el libro de los *Ejercicios espirituales*. Porque parte de lo que él iba notando con el uso y experiencia de cada dia, y parte de lo que habia aprendido de aquel Maestro divino y celestial, hizo una saludable ciencia de orar, y como arte de meditar, la cual añadida y enriquecida cada dia más, la intituló *Ejercicios del espíritu*, á semejanza del ejercicio del cuerpo; para que así como el cuerpo con su ejercicio, así tambien el espíritu con el suyo se fortaleciese y sustentase. Estos ejercicios habiéndolos primero experimentado en sí mismo con gran provecho suyo, persuadido (como era verdad) que tendrían la misma fuerza en los demás, empezó á usar de ellos para provecho y enseñanza de los prójimos, con tan abundante fruto de muchos, y tan grande y conocida mudanza en las costumbres, que tenian por cierto que ninguna cosa se podia pensar ni hallar mejor, ó para escoger estado de vida, ó para componer las costumbres y mortificar las pasiones, ó para perseverar constantemente en el bien comenzado. Y es cierto, que ora consideremos el tiempo en que fueron escritos estos ejercicios de un hombre sin estudios y sin letras, ora miremos el copioso fruto que se ha seguido de ellos, ora las contradicciones que han tenido (con las cuales procurando el demonio derribarlos, han venido á cobrar mayores fuerzas hasta ser aprobados finalmente de la Sede apostólica) no se puede dudar sino que es obra más que humana, inventada y comunicada de la sabiduría divina. En estas meditaciones principalmente se encendia en el amor de Cristo nuestro Señor, y trataba muy amenudo consigo cuanto habia hecho este Señor por nosotros, y cuanto era razon que nosotros hiciésemos por él. Y

como desease dedicarse todo y del todo á su servicio, y hallar cómo y dónde, y en qué pudiese hacer alguna cosa que le fuese muy agradable, mirándolo todo con atencion, echaba de ver, que al Salvador no se le podía hacer otro servicio más acepto que procurar la gloria de Dios por medio de la salud de las almas, por la cual él había venido del cielo á la tierra, y á la cual había enderezado todo lo que había dicho y hecho, hasta padecer durísima muerte en la cruz. Con esto empezó él tambien á entrar en este cuidado, y atender á él con todo el afecto y ansia de su corazon. Poníase delante de los ojos á Cristo Jesus como su legítimo rey y de suavísimas costumbres, y que llamaba sus súbditos á una justa y piadosa guerra, no con otras leyes y condiciones sino que le siguiesen á él, y entrasen á la parte de las comodidades ó incomodidades de que participaba él en la comida, en el sueño y en los demás trabajos y peligros. Y sacaba de aquí que no se les debía proponer á los vasallos condicion, ni más honorífica ni más deseable, y que no merecia ser contado, no sólo en el número de los soldados, pero ni en el de los hombres, el que no se asentase luego debajo de la bandera de un rey, que de esta manera convidaba á los suyos á la guerra. Por otra parte, mirando á Cristo su capitan pobre, y que iba delante con su cruz, y oyendo su voz que dice: El que quiere venir en pos de mí nieguesse á sí mismo, y tome su cruz, y sígame, se inflamaba y encendia todo para este género de guerra, y ardia con celo de la salud de las almas, ofreciéndose á la pobreza y á la deshonor, y á todos los dolores y tormentos, para militar legítimamente debajo de tal capitan, avergonzándose de no seguir al que va delante con su ejemplo, y de querer más honra y regalo, y pasar por otra mejor ley de la que to-

maba el capitan para sí. De esta fuente procedió todo lo que hizo en el discurso de su vida en los negocios de la salud de las almas, y todo lo que padeció, y muchas cosas más que deseó padecer. Y de aquí nació tambien el juntar compañeros, y la fundacion de la misma Compañía, y toda la traza y disposicion de ella. Lo sobredicho está sacado del libro primero de la historia de la Compañía.

CAPÍTULO III.

QUE DEL LIBRO DE LOS EJERCICIOS SE AYUDÓ MUCHO NUESTRO SANTO PADRE PARA ESCRIBIR LAS CONSTITUCIONES.

EL tercer fruto de los ejercicios, es el libro de las Constituciones, que nuestro santo Padre escribió para el buen gobierno de su religion, del cual con razon se maravillan los hombres muy espirituales y muy prudentes. Estas constituciones son como hijas de los ejercicios espirituales. Porque con verdad podemos decir, que la primera luz que Dios nuestro Señor comunicó á nuestro santo Padre, y los primeros dictámenes y sentimientos que le inspiró, y la manera y forma que le enseñó para consultar y deliberar, y determinarse en las cosas de su servicio, fué por medio de los ejercicios espirituales. Todo lo cual tomó él despues por guia y por modelo para escribir las Constituciones. Quien hubiere leído con atencion el un